

grafo, despues de haber examinado minuciosamente las heridas de Ester Sandraz, declaró que tal vez podria salvarla.

XXV.

Esta esperanza no salió fallida. La ciencia quirúrgica, consiguió una nueva victoria. Ester se halla hoy completamente curada.

Enriqueta la cuidó con una abnegacion ejemplar, como una verdadera hermana de la caridad. Pero aun no está contenta: despues de haber curado el cuerpo, desea purificar su alma, y todo hace creer que lo conseguirá.

En las elecciones que siguieron al 16 de mayo Fourcanade, gracias á unas cuantas carambolas, consiguió hacer triunfar el candidato oficial. Pero habiendo sido invalidado su diputado, todas sus simpatías se fijaron de repente, en un republicano, recomendado por el nuevo sub-gobernador, y á consecuencia de una partida de dominó, consiguió otra nueva victoria política.

No tardará muchos meses en asistir con su banda y su baston de mando, en calidad de padrino, á la boda que ha de celebrarse entre Federico Deschamps y Enriqueta de Loustal.

FIN DE LA MUJER DE HIELO.

¡ESCÁNDALOS DE PARÍS!

POR

QUATRELLES.

Con el fin de completar de la mejor manera la magnífica novela de A. BELOT que acabamos de traducir, nada para servirle de digno complemento, como extractar de un libro publicado por el eminente escritor que se oculta bajo el pseudónimo de QUATRELLES, algunos de sus mejores artículos, en los cuales con realista pluma pónense de manifiesto algunas de las escandalosas costumbres que aun hoy reinan en la famosa villa.

Los cortadores de cabezas.

Estamos en el pasaje Delorme. Entremos en la tienda de J. Fraxinelle *fotógrafo de cámara de muchas córtes extranjeras*.

El escaparate se halla atestado de retratos-targeta con su etiqueta correspondiente. La primera fila, se halla consagrada á los ciudadanos diputados del Sena; la segunda á las bailarinas; la tercera á los soberanos y soberanas mas en boga; la cuarta á lo mas esquisito de la sociedad parisiense; la quinta, á las glorias del episcopado y á los nuevos ministros; y finalmente las tres últimas, al escuadron volante de mujeres en camisa. Allí está el mercado central del amor.

En la tienda: á la derecha, un mostrador; á la izquierda, una mesa rodeada de sillas, cubierta de álbums de fotografías y de estereóscopos. Una puerta de cristales, da paso á los talleres.

En el pasaje, los transeuntes van y vienen, manteniendo siempre delante del escaparate, un grupo en perpétuo éxtasis.

Los ambiciosos contemplan al estado mayor gubernamental, mientras que los apasionados acarician con sus miradas á las mujeres medio desnudas. Estos últimos son los mas tenaces. Analizan hasta los pliegues del escaso traje, é intentan resolver esta regla de tres:

La cabeza: pantorrillas:: los hombros: x

En el umbral de la puerta, se halla M. Cloque, Anatolio Cloque, el factotum de la casa Fraxinelle. De vez en cuando dirige la palabra á los transeuntes, diciendo:

M. Cloque.—Tómese V. el trabajo de entrar, caballero. Tenemos dentro un surtido sin igual; todas las señoras del mundo á nueve francos la docena.

El transeunte no responde, y se va.

Detiénese una señora.

M. Cloque.—Si la señora desea entrar, podré ofrecerle retratos de los actores mas en boga: M. Capoul en *El sueño de la dicha...* con sus bigotes.

La señora se aleja.

M. Cloque.—Tú, chicuelo ¿qué estás haciendo ahí? A ver si te vas; deja libre el paso: ¿no ves que estorbas á ese caballero que desea entrar?

Un caballero alto, ancho de espaldas, jóven todavía, vestido de negro, se detiene ante el escaparate.

M. Cloque.—(con su voz mas persuasiva) Entre V. caballero, entre V. Si se toma V. el trabajo de entrar, enseñaré á V. muchas mas fotografías de las que muestra el escaparate.

El caballero entra en la tienda.

M. Cloque.—¿Qué desea V. ver?

—Ver retratos de damas del gran mundo.

M. Cloque.—Oh, no podia V. dirigirse á mejor punto que á esta casa. La dama del gran mundo, es en cierto modo la especialidad de la casa. Pero ¡cómo es eso! ¡Sigue V. de pié! Si quisiera V. hacer el favor de sentarse.

—Gracias. Ahora. (Dirigiéndose hácia el escaparate.) Tiene V. aquí una mujer rechoncha, robusta, redonda, abultada como un colchon nuevo.

—Tenemos muchas así.

—Aquella... la de la derecha... que va vestida de salvaje.

—¿Esta?

—Justamente.

—Dígame V. ¿no es la Úrsula Mirliton de los Bufos?

—Oh, no caballero; de ningun modo. Es la marquesa de Lemures.

—¿Esta?

—Sí, y el traje que lleva es el que causó tanto efecto en el baile de máscaras del Ayuntamiento.

—¡Ah!

—¿Se decide V. por llevarse alguna de esas señoras?

—No me he acabado de fijar. Ya me hará V. una coleccioncita de todas ellas.

—Pues empezaré por esta princesa Prolegómenos descotada.

—¿A ver? ¡preciosa!

—Otra, con collares, que ha llegado á ser muy rara.

—¿Y esta?

—Esta es la marquesa de Fondcailloux en traje de mañana. Únicamente nosotros la tenemos.

—Bah! Ya la han tenido otros muchos antes que Vds.

—Pero no el comercio, seguramente. Si todavía no ha pensado V. en procurarse á la bella señora de Saint-Gésier, le aconsejo á V. que la tome. Háblase de un proyecto de divorcio que va á ponerla mas que nunca de moda.

—Póngala V. á un lado.

—No propongo á V. la condesa de Brevav-Partagas, porque se la encuentra por todas partes; pero hé aquí una baronesa de Graiscunguet muy bien acabada.

—¿Cómo diablos, no se confunde V., manejando tanto retrato?

—Ah! caballero; maneja uno tantas mujeres al dia.

—Y todo se arregla indudablemente por orden alfabético?

—Cá, no señor, perderíamos mucho tiempo de ese modo. Tengo un sistema mas sencillo que todo eso.

—¿Y seria indiscreto pretender conocerlo?

—De ningún modo. Un niño lo entendería. Escúcheme V. con atención.

—Escucho.

—En esta primera caja se hallan agrupadas las adúlteras. Este compartimiento está reservado para las que se divorcian. Aquí reposan en paz, los falsos matrimonios que el uso ha sancionado. Aquí se ocultan las solteras ó las esposas emancipadas con escándalo. Y por fin, coloco aparte en este sitio, á todas las que en el corriente mes, han hecho ruido con su conducta.

—Esto es muy ingenioso, muy ingenioso. ¿Y las mujeres honradas?

—Oh, caballero, de ese género tenemos muy pocos pedidos...

—Es decir, que no tienen Vds. existencias?

—Sí, señor; conviene tener de todo. Pero las mujeres honradas no se venden. Además, conviene saber qué es lo que V. entiende por mujer honrada.

—¿Y V. qué entiende por ese nombre?

—Para nosotros, es decir, comercialmente hablando, una mujer honrada, es una persona ni bien ni mal, que tiene un marido ni bien ni mal, y que vive ni mal ni bien. Tiene una modesta fortuna, un guardaropa modesto, usa placeres modestos, y envejece, en fin, modestamente, sin apercibirse de ello, y sin que nadie se aperciba. Esto es lo que en el comercio, llamamos una mujer honrada.

—Pues felicito al comercio, si hay muchas de ese jaez.

—No digo que no sean dignas de respeto, pero francamente no se venden. Se tienen por amor propio, por decir que se tienen, pero es mercancía perdida.

—Vds. deben hacer muchos negocios?

—Muchos.

—¿Y dan Vds. abasto á todo?

—La costumbre caballero, la costumbre.

—Tiene V. por casualidad la generala princesa de Tilsit— la duquesa Cándida de la Villette, la...

—Esas damas se hallan en prensa, caballero. Dentro de algunos días tendremos la série de las siete maravillas, por completo. La casa acaba de firmar un contrato con esas señoras.

—(Esta tienda es un tugurio.) Pero bueno, todo lo que V. me ha enseñado desde hace un cuarto de hora, se ve por todas partes. ¿No tiene V. por algún rincón, retratos mas... originales que estos? Me parece que ha comprendido V. lo que quiero decir.

—De sobra (con sonrisa mefistofélica y mirada intencionada). ¿Desea V. la caja de los parroquianos?

—Justamente.

—Tengo un surtido completísimo. Solamente que como V. comprenderá no someto ciertas fotografías, mas que á personas muy distinguidas que me las piden.

—¿Lo soy bastante yo?

—Seguramente. ¡Si V. supiera como nos persigue la policía! ¡Ah! ¡Cuándo será la Francia libre!

M. Cloque saca un manojo de llaves de su bolsillo, abre un armario debajo del mostrador, y saca una caja.

—¿Qué es lo que va V. á enseñarme?

—¿Tiene V. *La ráfaga*?

—Nó.

—¿Conoce V. á Miss Reduose en esta fotografía?

Le presenta una.

—No, no la hubiera conocido en esta posición (ap.) ¡Esto haría ruborizarse á un turco!

—Aquí esta M.^a de Collencelle en el columpio. El viejo que hay en el fondo sosteniendo la cuerda, es M. de Collencelle y á la izquierda junto al matorral, se halla el condesito de Viudoux.

—¿Y esto es histórico?

—Las relaciones de M.^a de Collencelle con el conde de Viudoux son conocidas de todo el mundo.

—¿Tambien de M. de Collencelle?

—¡Con el tiempo que hace que duran!

Muestra otra fotografia.

—Esta es la famosa M.^a de Huison, de Vénus y el coronel Meuniais de Marte. ¿Sabe V. á lo que esto se refiere?

—Perfectamente.

—Suplico á V. que no estienda las fotografias sobre el mostrador, porque si alguno entrase....

—Verdad es.

—Cuanto me reí, caballero el dia en que M. Huison nos compró el retrato de su mujer. Se quedó colorado como su cinta de oficial de la legion de honor. Creí que iba á tener un ataque. Compró todas las tarjetas que teníamos en el almacen. Sentí no tener mas. Hasta compró el cliché!

—Y entonces, ¿cómo es que tiene V. esta tarjeta?

—Porque hacemos los clichés doblados y aun triplicados por temor á algun accidente. No puede V. imaginarse cuantos cuidados necesita nuestra industria.

—Y M. Huison y el coronel se batieron inmediatamente?

—Si señor. El marido recibió seis pulgadas de hierro en el vientre. Yo asistí á su entierro.

—Era natural.

—Ciertamente, porque su muerte nos hizo vender un sin número de tarjetas. Y francamente, no se encuentran estas gangas con mucha frecuencia! De esa manera, este comercio seria una mina.

—Pero el fin desgraciado de M. Huison debió conmoverle á usted algun tanto?

—¡Qué le hemos de hacer caballero! La industria tiene sus víctimas como los campos de batalla.

Entra en la tienda un jóven con barba vellosa, levita entallada, pantalon estrecho. Huele á pomada y á esencias. Es un parroquiano de la casa, Basta á probarlo el interés y amabilidad con que M. Cloque se ofrece á su servicio.

El jóven recién llegado.—Tienen Vds. ya Cándidas de la Vilette?

—No, señor, pero las tendremos sin falta, la semana que viene.

—Ya hace un mes que me está V. diciendo lo mismo.

—La duquesa se está trabajando. Ya sabe V. el cuidado que requiere este trabajo.

—Pues volveré dentro de una semana. Resérveme V. veinte duquesas en el traje convenido. ¿Será chusco, verdad?

—Muy chusco!

—Pues bien, aun me ocurre una idea mas chusca todavía.

—¡Es posible!

—Ya se lo diré á V. cuando vuelva. Adios, cuento con su promesa.

El jóven gomoso se va.

El caballero que estaba elijiendo continúa su diálogo con M. Cloque.

—¿Es un parroquiano de Vds., ese caballere?

—Sí, señor; es uno de nuestros mejores parroquianos. ¡Tiene unas ideas tan originales, tan estrañas! Es el que tuvo la idea del retrato de M.^a Huison.

—Ah, ya!

—Vea V. (presentándole una nueva fotografia) esta. *La leccion de natacion.* Esta se vende como pan bendito. Ya no nos quedan mas que dos ó tres, y el último cliché está roto. Esta representa, como puede V. ver á las mas lucidas damas de la sociedad parisiense saliendo del agua.

—O entrando!

—Esto está hecho espresamente... para la perspectiva ¿comprende V.?

—Perfectamente! Perfectamente. Y V. me asegura que todas estas damas distinguidas han consentido en retratarse de ese... modo?

—Soy demasiado honrado para engañarle á V. Nuestra casa es de confianza. Y estas damas no tendrán en verdad por qué quejarse; ya ve V. que las tratamos bien. No retrocedemos ante ningun sacrificio para dar gusto á los parroquianos.

—Pero si estas damas, no se retratan de esta manera—lo cual, comprendo perfectamente, ¿cómo se arreglan Vds. para conseguir estas reproducciones?

—Es muy sencillo; escojemos retratos particulares, tarjetas comunes de la fotografía de cada una en traje de sociedad, de baile, en fin en el traje en que hayan querido retratarse; les cortamos la cabeza y las aplicamos á cuerpos de... mujeres bien formadas que, pagándolas por supuesto, las reproducimos en las posiciones que mas nos acomodan. De esta manera componemos nuestros clichés.

—¡Es ingeniosísimo!

—¿Verdad caballero?

—¿Y V. es quién fabrica todas estas maravillas?

—Yo, si señor!

—Y son Vds. muchos los que hacen este oficio?

—Oh, no! Esto necesita muchos gastos, y sobre todo, muchísimo cuidado!

—Y estas señoras saben que Vds. las reproducen de esa manera?

—Al menos, deben sospecharlo.

—¿Y cómo es que no se quejan?

—Porque esto las divierte.

—Está V. seguro?

—Lo estoy.

—Pues creo que se hace V. ilusiones. Precisamente, mire

usted yo conozco á una de estas señoras que V. ha desnudado: es una bacante á la hora del sacrificio...

—¿M.^a de Tanais?

—Precisamente.

—Una señora gruesa, rubia con ojos negros, poco pudorosa...

—Sí, sí; eso viene á ser. Pues esa señora no puede ver á usted mucho que digamos!

—¿Y de qué se queja? Hemos obtenido un cliché maravilloso, y el modelo que para ella escojimos, tiene carnes admirables.

—Pues eso no quita para que se encuentre enfurecida contra V.

—Bueno, pero V. comprenderá que si uno fuera á preocuparse de todos esos furros, no se haria negocio alguno. Yo la desafío á que enseñe unas formas como las que en el retrato le hemos atribuido.

—Yo le aseguro á V., pues, que no las tiene malas.

—Eh?

—Y debo saberlo, puesto que soy su marido.

—¿Cómo!

—Palabra de honor. Enséñeme V. algunos retratos de mi mujer. ¿Eh?

—¿Quiere V.?

M. Cloque recoge precipitadamente todas las tarjetas y las arroja en confusion sobre la caja de los parroquianos, diciendo:

—Hace mucho tiempo que carezco de ellos.

—Si se le amenazara á V. con cortarle ambas orejas estoy seguro de que encontraria V. un monton!

M. Cloque cierra el armario en el cual ha escondido la caja, y añade:

—Pero, señor mio, considere V. que...

—Ya, ya veo lo que es. Le fastidia á V. y le aburre buscar un retrato, solo. Pero no tenga V. cuidado. Yo he traído conmigo tres personajes que van á ayudarle á V.

El caballero abre la puerta de la tienda y hace una seña á tres hombres que se paseaban por la calle, los cuales entran.

M. Cloque al verlos, exclama:

—¿Por qué no ha dicho V. enseguida que era V. de la policía? Voy á llamar al principal.

—Se lo agradeceré á V. mucho. Hemos obtenido contra él una orden de prision, y estos señores van á sellar el establecimiento.

—Vamos, está visto que nunca podrá uno trabajar con tranquilidad!

—Oh, si señor, es terrible eso de no poder trabajar con tranquilidad. Nunca he visto una época tan anti-artística como esta. Pero ¿dónde tengo la cabeza? Me habia olvidado, de presentarle á V. estos señores. En primer lugar, he aquí el señor Comisario.

El comisario se adelanta, y dice:

—Oh, ya nos conocemos de sobra. Ya tuve el placer de detener al señor en otro tiempo. ¿Qué tal, M. Cloque, sigue V. bien desde la última vez que tuvimos el gusto de vernos y conocernos?

M. Cloque enfurecido, exclama:

—¡Que el diablo le lleve á V!

El comisario cogiéndole por un brazo:

—Pero antes me lo llevaré yo á V!

Una escapatoria.

Habia electricidad en la atmósfera.

En un momento de mal humor, y á propósito de no sé qué tocado ó adorno, (creo, sin embargo que se trataba de un vestido descotado y de manga corta, de muselina color de carne, con agremanes de terciopelo oreja de oso) el conde de Biez habia llamado á la condesa ¡Cocotte!

Esta es una de esas palabras que tarde ó temprano se pagan muy caras.

La condesa no era uno de esos seres á quienes les agrada no pagar sus deudas; como la que tenia con su marido era grande, se decidió á pagársela inmediatamente.

Así es, que cuando el baron Claudius, acudió á verla, en la tarde de aquel dia memorable, la condesa le dijo sin vacilacion, sin remordimientos, sin turbacion alguna, lo siguiente:

—¡Me aburro soberanamente, amigo mio! ¡Róbame!

¿Puede darse mayor frescura?

El baron que hacia ya la friolera de tres años que en vano se mantenia al acecho de su amor, y que nada veia cambiado en su situacion desde la víspera, exclamó:

—No sé si he oido bien. ¿Soy Claudius? ¿Es V. la condesa?

—Sí; V. es Claudius que pretende amarme; yo soy la condesa que nunca ha escuchado á V., y que hoy quiere escucharle. Si tiene V. algun talento en reserva, gástelo V.; si tiene V. algo de amor en su corazon prodíguemelo V. con esceso! ¡Quién sabe lo que puede suceder!

El baron no era hombre para lanzarse de cabeza en una aventura á largo plazo.

El fuego que brillaba en los ojos de la condesa, le dió miedo.

—Vamos, hoy está V. nerviosa, le dijo. La habrán irritado á V. La tempestad que se anuncia, la escita á V. en alto grado. Yo no quiero ganarla á V. con una sorpresa. La amo á V. demasiado para contentarme con eso.

—Vaya, esto pasa de castaño oscuro! ¿A que vá V. ahora á predicarme un sermon de moral?

Claudius al oir esto se inclinó y la besó en la nuca á la raíz de los cabellos.

El baron conocia los buenos sitios.

La condesa dió un salto y se escapó de los brazos de Claudius murmurando: